



Padres, Sed Fieles A Dios y A Vuestros Hijos

“La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” Proverbios 29:15.

“Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo.” Proverbios 19:18.

“No rehuses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol” Proverbios 23:13-14.

Hay algo celestial, algo inocente, algo divinamente dulce acerca de los niñitos. Son herencia de Dios, por encima de todo precio.

Pero cada precioso niñito tiene adentro de sí una tacha, el pecado innato. Cuando nace, cada persona tiene una naturaleza que puede terminar, a menos que sea refrenada, en homicidio, adulterio, blasfemia, desafío a Dios, y aun en el infierno mismo. La Biblia dice así en Salmo 58:3 y 51:5.

Puesto que Dios castiga a la gente grande por sus pecados, inclusive a los cristianos, es absurdo creer las mentiras de los sicólogos modernos que dicen: “No es necesario, ni es justo castigar a los niños.”

El gran número de jóvenes inmorales y criminales que hay hoy, es el producto del descuido de los padres en entrenar y disciplinar a sus hijos. Les toca a los padres cooperar con Dios en la preparación para el cielo a sus hijos que nacen con una naturaleza pecaminosa y perversa; por lo tanto el castigo por el pecado es absolutamente necesario en el hogar.

El castigo una necesidad en la formación del carácter.

“La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él” (Proverbios 22:15).

“Los azotes que hieren, son medicina para el malo, y el castigo purifica el corazón” (Proverbios 20:30).

La madre de Juan Wesley escribió: “Puesto que la voluntad propia es la raíz de todo pecado e infelicidad, todo lo que permite su desarrollo en los niños asegura su desgracia futura y su desdén de Dios. Todo lo que la refrena y la mortifica, promueve una vida de felicidad y de piedad.

“Eso se pone aun más evidente cuando se considera el hecho de que la religión es nada más que hacer la voluntad de Dios, y no la nuestra; y siendo que esta voluntad propia es el gran obstáculo para nuestra felicidad temporal y eterna, ninguna tolerancia de ella puede ser insignificante, tampoco infructuosa cualquier denegación.

“El destino del niño, sea el cielo o el infierno, depende en gran parte de esto. Así que el padre que trata de sojuzgarla en su hijo, coopera con Dios en la salvación de su alma. El padre que lo permite, coopera con el diablo en su perdición.”

“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige” (Proverbios 13:24).

El doctor Jorge Stuart cuenta lo que sucedió una vez. Al finalizar su mensaje, un banquero notable se le acercó y le contó lo siguiente:

“Dr. Stuart, tenemos un hijo en nuestro hogar. Ya es un hijo maduro, y trabaja en el banco conmigo. Él es el orgullo y el gozo de las vidas de sus padres.

“Era nuestro único hijo. Le amaba mucho y estaba muy orgulloso de él. Pero siempre le mimaba demasiado. Le dejaba hacer todo lo que él quería, y nunca le corregí ni le negué nada.

“Él creció y se hizo un muchacho travieso y rebelde. Cuando llegó a la edad escolar, le enviamos a la escuela pública primaria. Él había asistido sólo unos cuantos días cuando una tarde me llegó a la casa una nota de la maestra. En esta nota ella me dijo que yo tendría que inscribir a mi hijo en otra escuela, puesto que ella no podía hacer nada con él. Me dijo que él no obedecía en nada y que estorbaba el programa entero de la escuela.”

Siguió el banquero: “Yo critiqué a la maestra y la escuela, pero sí, inscribí a mi hijo en un colegio privado. Pasados unos días, él llegó a casa con una nota similar a la previa, diciendo la maestra que ella no podía hacer nada con él. “Para abreviar, inscribí al muchacho en cinco colegios distintos y cada uno mandó a la casa una nota que decía que no se podía hacer nada con él. Me dijeron que él no obedecía las reglas y que interrumpía las clases. Por eso se vieron en la necesidad de despedirlo. Cada vez que le despidieron criticaba a las maestras y a los directores de los colegios y les echaba la culpa.

“Por último, mi esposa no podía aguantar más, y se paró frente a mí y me dijo: ‘¡Basta ya! ¡No hay una palabra de verdad en lo que tú dices de las maestras y de los colegios! La culpa no es de las maestras ni de los colegios. Tú tienes la culpa. Desde que ese niño vino a este mundo, tú le has mimado, siempre permitiéndole hacer lo que él quería. Jamás has insistido en la obediencia, y nunca le has corregido. Siempre has cedido a sus súplicas y nunca has permitido que otra persona le corrija. En otras palabras tú has hecho de tu hijo un proscrito, y ahora cuando él ha de relacionarse con otra gente, acatar las reglas, y obedecer a sus superiores, él no sabe hacerlo. Has incapacitado a tu hijo para vivir con otra gente. Sí, ¡tú tienes toda la culpa!’

“Doctor,” dijo el banquero, “eso me cortó como si fuera un cuchillo, pero reconocí que mi esposa tenía razón. Entendí claramente que yo había faltado en mi deber para con mi hijo. “Le tomé de la mano y le dije: ‘Hijo, vamos por un paseo.’ Caminamos hacia el monte donde estaríamos a solas. Le enfrenté, le miré en los ojos, y le confesé que le había faltado en cuanto a mis deberes para con él y para con Dios. Le pedí que me perdonara mi pecado, y le prometí, por la gracia y el poder de Dios hacer mejor en el futuro.

“Luego le mandé que quitase su saco. Me miró con sorpresa y me preguntó: ‘¿Por qué?’ Le dije: ‘Hijito, esta mañana te voy a dar una buena chicoteada. La has necesitado muchas veces en días pasados pero yo he sido demasiado flojo y sentimental para darte lo merecido. Pero de ahora en adelante voy a tratar de ser el padre que tú mereces.

“Él levantó bien su cabeza, me miró, se rió descaradamente, y me dijo: ‘No, Papá. Tú no puedes pegarme a mí. Soy muy grande para que tú me pegues.’

“Le informé que era mi intención darle su buena chicoteada o morir en el intento. Cuando comprendió que hablaba en serio, se quitó su saco y le zurré fuertemente. Entonces nos arrodillamos y oramos juntos.

“Cuando nos levantamos de orar y empezamos el regreso a la casa, le di un abrazo y le dije: ‘Hijo, te quiero mucho. Te quiero más que nunca en mi vida. Por eso te quiero hacer saber que

desde ahora en adelante, vamos a cambiar nuestro modo de vivir, y las cosas van a marchar de otro modo en la casa.

“Tú me vas a obedecer a mí y tú vas a obedecer a tu Mamá. Mañana vas a regresar a la escuela pública y vas a obedecer a tus maestras y vas a portarte como a un buen muchacho le conviene. Y si tú no lo haces te voy a zurrar tu badana cuando llegues a casa.’

“Dr. Stuart, jamás tuve problema alguno con mi hijo. Él se dio cuenta de que yo estaba decidido de una vez a no cambiar. Él dispuso a obedecer. Él se ha hecho un hombre obediente y sumiso, y hoy es el orgullo y gozo de nuestros corazones.”

Con lágrimas en sus ojos y un sollozo en su voz, el banquero me dijo: “Doctor, casi esperé demasiado. Casi pierdo la última oportunidad de corregir a mi hijito.”

Se debe comenzar temprano la disciplina de los niños.

Tan pronto como el niño puede entender las órdenes, se debe esperar la obediencia. Antes de cumplir un año, el nene debe acostarse sin llorar: y debe sin molestarse, ceder a la petición de sus padres. Cuando puede caminar, es de esperar que se presente inmediatamente cuando sus padres le llamen.

No será necesario castigarle muy a menudo si el castigo es inmediato y completo. Muchos padres pegan a sus hijos hasta enojarles y provocar resentimiento, y entonces malgastan media hora mimándole en un esfuerzo de contentarle. ¡Qué grande error! Se debe castigar al niño hasta que él sea sumiso – hasta que su propia voluntad terca sea vencida. Es el colmo de crueldad no vencer la voluntad testaruda del niño. La Biblia manda: *“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma de Seol”* (Proverbios 23: 13-14). Discipline al niño a toda costa.

La vara no es la única cosa necesaria en la crianza del niño. Un ejemplo piadoso de parte de sus padres y la ayuda de Dios, son indispensables.

“Y vosotros, padres . . . criadlos en disciplina y amonestación del Señor.” (Efesios 6:4).

Algunos padres intentan criar a sus hijos sólo con severidad, sin decirles o explicarles el porqué de no hacer las cosas. Los critican por cada equivocación y los castigan por cada error, y muchas veces injustamente, todo porque el padre está perturbado, nervioso o enfadado con alguien. Los critican y los castigan en la presencia de sus amigos y visitas y aparentan creer que el juego y la alegría son pecado. Como resultado los niños se ponen rebeldes, respondones, irritables y de malhumor y los padres pronto ven en sus hijos su propio reflejo.

Pero cuando la disciplina es prudente, nacida de amor y respaldada por un ejemplo verdaderamente cristiano la cosa cambia. En el hogar que goza de la presencia de Dios, los niños, no importa la edad que llevan, crecen bajo la bendición de Dios. Muchas veces he visto a los niños de cuatro a cinco años, participar del espíritu de adoración, con caras radiantes, lágrimas corriendo por las mejillas, alabando a Dios juntamente con sus padres. Sin memorizar rezos, aprenden a orar naturalmente de corazón.

Hay manera de disciplinar a los niños que les hace a ellos desear ser cristianos, hacer el bien, amar y respetar a sus padres y apreciar lo hermoso y noble de la vida.

Que cada padre reconozca más su responsabilidad de disciplinar a sus hijos que Dios le ha confiado, siempre con la ayuda y aprobación de Dios.

- de *La Trompeta de Dios*.